

ENTREVISTA A FERNANDO VALLESPÍN*

"Con la crisis, vuelve el Estado"

PEDRO VALLÍN

LA VANGUARDIA, 2.08.09

Fernando Vallespín, con la voz rotunda propia de su estatura y el énfasis del orador, sostiene que esta crisis ha delatado no sólo las flaquezas del sistema económico occidental, sino las limitaciones del político y reclama una visión más alejada y global de la situación económica mundial, de los conflictos latentes, los patentes y los venideros.

¿Ve síntomas de conflictividad?

Se está percibiendo un incremento de la conflictividad, cuya peculiaridad es que gira en torno a cuestiones redistributivas. De algún modo, vuelve el esquema clásico de la tensión entre el capital y el trabajo, pero también entre sectores, debido a las medidas paliativas del Gobierno.

¿Las medidas paliativas engendran conflictividad?

Entre sectores. Porque la pregunta que se hacen los trabajadores de un sector determinado es ¿por qué el sector del automóvil recibe ayudas y el del turismo u otros no? La cuestión central pasará a ser quién obtiene qué, cómo y cuándo. Y, en este sentido, el conflicto redistributivo, en su dimensión territorial, sustituye al identitario.

Pero el conflicto identitario, el simbólico por así decir, ¿no es en el fondo un señuelo para la verdadera disputa, la de la redistribución?

No, sería un error considerar que las posiciones del nacionalismo catalán y el vasco son fruto de una revuelta fiscal, como ocurrió en la Padania, en Italia, donde el nacionalismo surge porque se trata de una región de la que depende la riqueza del país y que se rebela contra el modo en que Roma gestiona sus aportaciones. Pero, en todo caso, ahora el componente redistributivo del conflicto será más descarado.

¿Con qué intensidad?

Se trata de un tipo de conflicto que es propio de las sociedades desarrolladas desde la misma revolución industrial, y que en los últimos años quizá han estado en un segundo plano. En este sentido, esta crisis nos traerá conflictos que creíamos olvidados, con sectores enteros en la calle, manifestaciones, huelgas...

Usted dice que la acción de los medios sobre la política impide el discurso. ¿Cómo podemos explicarnos un fenómeno como el de Obama?

Su éxito es exactamente el de su eslogan "Yes, we can"; que la gente crea que se pueden hacer cosas, que hay política. Nos hemos acostumbrado a que la política observa lo que ocurre, introduce mecanismos correctores y poco más. Este señor devuelve la credibilidad a la política, la coloca en su lugar y le señala a la gente que aún se puede creer en un mundo mejor, en el que se instalen los valores de la democracia, la libertad, la igualdad, la cohesión social y la cooperación social, sobre todo cooperación.

¿Cree que podría darse en la escéptica Europa un fenómeno así?

Barack Obama surge en Estados Unidos ante la necesidad de recuperar la autoestima de un país tan narcisista como es Estados Unidos. Un país así no se podía permitir asumir la imagen deplorable que transmitió la administración Bush. Hablamos de una sociedad con un dinamismo máximo, capaz de reinventarse una y otra vez.

¿Y nosotros?

Los europeos somos infinitamente más escépticos, entre otras razones porque pensamos que es bastante con conservar lo que tenemos. Éste es uno de los problemas de la izquierda europea.

¿Lo conseguido es el problema?

No, el problema es que ha luchado más por conservar lo conseguido que por transformarlo.

Conservadora, entonces.

Conservacionista, más bien. En cambio los norteamericanos no tienen problema alguno en reinventarse. Un republicano como Bush no tuvo problema en intervenir masivamente la banca.

Estados Unidos es progresista y Europa conservacionista, quién lo diría.

Aquí hay dos elementos diferenciales: de un lado, hablamos de la capacidad de acaparar el activismo político (sindicalista, ecologista, feminista...) y dar un paso adelante, en una América en la que los movilizados eran los otros, los grupos de derecha. Y luego, como le decía, Europa funciona según la máxima de "virgencita, virgencita, que me quede como estoy", mientras que Estados Unidos busca el cambio como parte de su forma de ser. Y en este sentido, los estadounidenses se afanan en enmendar los fallos, en modificar los presupuestos ideológicos de su política exterior, integrarse en una nueva sociedad mundial más cosmopolita. Son progresistas en la medida en que ser progresista es creer en el futuro. En Europa, en cambio, el futuro se ha colapsado sobre el presente.

¿En qué sentido?

En el sentido en que el futuro ha dejado de ser algo que alcanzar y ha pasado a ser algo que temer, algo que da pánico: el futuro de las pensiones, el futuro de los sistemas de prestación social, el futuro del clima, el futuro laboral de los hijos... La sociedad europea vive temerosa, y éste es un caldo de cultivo fantástico para el neopopulismo, además de que ha acabado por erosionar el proyecto de la Unión Europea. No es casualidad que Francia y Holanda rechazaran el tratado de la Unión inmediatamente después de la ampliación al Este.

¿Es usted pesimista?

La perspectiva es sombría, porque acabaremos saliendo de la crisis sobre los mismos presupuestos del sistema anterior. Nadie plantea en serio una revisión del sistema que nos ha traído hasta aquí. El valor de los activos financieros siguen siendo cuatro veces el PIB mundial, nadie está actuando en serio contra los paraísos fiscales ni se están creando agencias para la gobernanza global con poder real. De hecho, en esta situación están volviendo a recuperar su

papel central los estados, con nuevos protagonistas, como los estados emergentes.

¿Por eso decía usted hace poco que vuelve la geografía?

En vez de crearse unidades supranacionales en paralelo al proceso de globalización, volvemos a la geopolítica. No tiene más que ver esas reuniones del G-20 o el G-8. Su nombre alude a un esquema en el que el actor principal es el Estado. Y esos procesos no nos pueden dar mucha confianza, porque en esos foros todos conservan la capacidad de veto. Lo hemos visto con los acuerdos contra el cambio climático y el veto de China al protocolo de Kioto. Soy pesimista porque si no se superan los presupuestos del sistema anterior, las medidas que se adopten son pan para hoy y hambre para mañana, una condena a crisis recurrentes.

Fernando Vallespín Catedrático de Ciencia Política y ex director del CIS

Con Fernando Vallespín, que entre el 2004 y el 2008 dirigió el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), se abre la nómina de los analistas sociales con los que La Vanguardia trata de pulsar los humores de la sociedad española ante la crisis, como ya hicimos hace algo más de un año con la serie Radiografía de España. Por entonces -primavera del 2008- hablamos con algunos de los más prestigiosos sociólogos y politólogos del país sobre el cambio de rasante que se avecinaba. Ahora repetimos el diálogo con alguna nueva incorporación para averiguar qué ha cambiado en 16 meses.